

padecimientos, llevando las cartas que escriben San Pedro Bautista, San Martín de Aguirre y San Pablo Miki, y que nos ha conservado la historia, envidiando la suerte de los prisioneros y procurando agregarse á su número, como lo lograron dos en el camino.

Despunta la aurora del 5 de Febrero de 1597. La gloriosa caravana se encuentra ya á pocas millas de Nangasaki, en la aldea de Urakami, cuyos habitantes se harán célebres por saber conservar el cristianismo, sin sacerdocio ni jerarquía y en medio de las más fieras persecuciones, durante tres siglos. Con ligereza y alegría emprenden esta última jornada rehusando los alimentos que vienen á ofrecerles los cristianos, y confortados con la presencia de los Padres Pasión y Rodríguez, que salen á encontrarlos de la vecina ciudad. Como los Padres de la Compañía de Jesús han sido exceptuados de la persecución, fácil es á estos dos sacerdotes obtener el permiso de administrar á los mártires el sacramento de la penitencia. Á pesar de la excepción, uno de sus religiosos, San Pablo Miki, ha sido aprehendido juntamente con los Franciscanos, y á éste acompañan, también condenados á muerte, dos japoneses agregados á su servicio, á quienes en este último trance se admite á los votos religiosos, aumentándose así con dos héroes el martirologio de la Sociedad.

Van á sonar las diez de la mañana. Ya llegaron los mártires á la colina frente á Nangasaki, donde van á ser ajusticiados. Tendidas en el suelo, se ven veintiséis cruces de diversas dimensiones, y un gran número de verdugos las custodian armados cada uno de varias lanzas, y provistos de anillos de hierro y lazos en abundancia.

Á su vista palpitan de gozo los corazones de los atletas de Cristo; y el mexicano Felipe, adelantándose á todos, se abalanza á su cruz, y la saluda con más efusión, si es posible, que el Apóstol San Andrés cuando abrazó la suya en las riberas de la Acaya. "Bien te reconozco (le dice en voz baja), eres la misma que se me presentó en el cielo la noche de la tempestad. Salve (exclama luego con acento sonoro), salve, cruz preciosa en que espiró por mí el Redentor del mundo. Salve, cruz sacrosanta, símbolo glorioso de la alianza entre Dios y los hombres. Oh afortunado galeón San Felipe, que me has procurado la dicha de morir por mi Salvador. Dichosa tempestad, naufragio feliz, que para mí lejos de ser naufragio ha sido fuente de eterna bienandanza. Ya no recibiré el sacerdocio en mi patria y de manos del Prelado de Méjico. Jesucristo mismo va á conferirme sobre la cruz un sacerdocio de sangre. ¡Felipe de las Casas! llénate de regocijo, salta de gozo. ¿Cuándo soñaste merecer tanta dicha? Dentro de breves instantes volarás á tu Jesús á recibir de sus manos la palma del mártir, y á que te ciña la corona del triunfo."

La cruz Japonesa, más bien que instrumento de muerte, sirve de potro para que se atravesase el cuerpo del ajusticiado con una ó más lanzas. Tiene, además de los brazos, un sostén para los pies y una especie de asiento en el centro. No con clavos sino con argollas de hierro y con lazos se sujeta al paciente por el cuello, los pies y las manos. Esta operación se practica tendida la cruz en el suelo. Se levanta luego, se deja caer en el agujero, y se afirma con cuñas de madera ó de piedra. Antes de extenderse los héroes sobre las cruces, á una se-

ñal de San Martín de Aguirre callan todos y suspenden sus preparativos, mientras él, á nombre y por orden de su glorioso jefe San Pedro Bautista, dirige á los circunstantes conmovedor sermón en lengua japonesa, arenga sublime del guerrero á sus pacíficas tropas, exhortación divina á los mártires, increpación suave al par que enérgica á los perseguidores. Se entregan luego en manos de los sayones, y en un momento se eleva ese bosque de cruces y crucificados, más precioso que cuantas selvas puede presentar el Norte de Europa, ó que las florestas vírgenes de la recién descubierta América.

Antes que hablaros de la última batalla y del glorioso triunfo, pasemos revista al brillante ejército de atletas de Cristo. Lo han ordenado de antemano los perseguidores, y tiene su centro y sus dos alas desplegadas, como toda hueste bien dispuesta para la lucha. Forman el primero los seis Franciscanos. Allí se divisa San Pedro Bautista, y á su derecha sigue San Martín de Aguirre, varios años profesor de altos estudios en nuestro convento de Churubusco, y junto á él ocupa el lugar más conspicuo nuestro Felipe de Jesús. Viene después Gonzalo García, nacido en las Indias Orientales, y uno de los primeros venidos al Japón, y á su lado está el sacerdote Fray Francisco Blanco, español, pero ordenado en México y discípulo, también en Churubusco, de San Martín de Aguirre. Por último, notamos al anciano lego Fray Francisco de San Miguel.

Forman el ala derecha diez Japoneses, de diversas edades y condiciones; seculares, pero todos terceros de San Francisco, y cooperadores de los misioneros en la predicación del Evangelio. Descuella entre todos valeroso niño

de catorce años apenas, Santo Tomás Cosaqui, cuyo padre lo acompaña también en este calvario, y está crucificado en el centro del ala izquierda. Ésta, que mira hacia el Oriente, es variada en extremo, y puede considerarse como figura de la Iglesia, *circumamicta varietatibus*. Después de San Pedro Bautista, vienen dos niños de doce y once años respectivamente, Antonio de Nangasaki y Ludovico Ibarky; y después de otro joven catequista se hacen notables las tres sotanas negras de los miembros de la Compañía de Jesús. Sigue el padre del joven Tomás que hemos visto en el ala derecha, y cierran la falange otros tres japoneses, dos de ellos los que se agregaron á los mártires en el camino. En medio de esta bella cohorte, precisamente entre Gonzalo García y Felipe de las Casas, se eleva una lanza larguísima con un cartel en que está escrita la sentencia de muerte, la gloriosa sentencia que los constituye mártires de Cristo, declarando paladinamente que su único crimen es haber predicado el Evangelio. De un lado y otro de la misma están los Padres de la Compañía de Jesús, Juan Rodríguez y Francisco Pasión, auxiliando á los heroicos moribundos.

Nunca, como esta vez, se han verificado tan cumplidamente, hasta en los más insignificantes pormenores, las palabras de San Pablo, *omnes quidem currunt sed unus accipit bravium*. La cruz de San Felipe de Jesús no quedó bien ajustada á la medida del cuerpo, y apenas se le levanta del suelo, siente que la argolla que tiene al cuello lo estrangula, no alcanzando los pies al atravesano de abajo, y quedando el cuerpo con todo su peso suspendido de aquélla. *Jesús*, exclama al sentirse morir; *Jesús*, repite segunda vez; *Jesús*, reclama de nuevo

dulcemente, y al oirlo acuden los verdugos y con tres lanzas le atraviesan el pecho, antes que muera simplemente sofocado. Así es que el último llegado al Japón es el primero que recibe en el cielo la palma y la corona del mártir. Así resulta que el joven que se encaminaba á la patria, desviado su rumbo por la mano de la Providencia, viene á ser el primer mártir nacido en la Nueva España, y el primero también que en el Japón da la vida por Jesucristo.

Entra al cielo, atleta glorioso, y recibe no sólo tu propia corona, sino la de tus veinticinco compañeros, á quienes las irás distribuyendo por turno. Tú eres el primero después de Felipe, bienaventurado Francisco Blanco. *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exclama el mártir al ser atravesado por dos lanzas. Le sigue su maestro Fray Martín de Aguirre, quien clama lleno de regocijo: *alabad al Señor todas las naciones de la tierra*. Fray Gonzalo García, que antes de entrar en religión había vivido mucho tiempo en el mundo, se olvida de que es mártir, para acordarse sólo que fué pecador, y pide perdón al Justo Juez diciendo: *Señor, ten misericordia de mis culpas*. Entretanto, Fray Francisco de San Miguel, al ver brillar las lanzas junto á su pecho, invoca á la Reina de los cielos saludándola con las palabras del Ángel: *Dios te salve, María, llena de gracia*.

Sólo queda de los Franciscanos San Pedro Bautista, á quien, como á la madre de los Macabeos, reservan los verdugos para el último. Mientras de un lado y otro continúa la matanza, el Hermano de la Compañía, Pablo Miki, se pone á predicar cual San Andrés, desde la cruz, y sigue luego una escena tan bella, que no puedo renunciar á describirla.

En el viaje de Ósaka á Nangasaki, había prometido San Pedro Bautista al niño Antonio, que una vez en la cruz, entonaría el salmo *Laudate pueri Dominum*, para que lo cantasen en coro antes de morir. Le recuerda ahora su promesa el joven martir; pero absorto en santa contemplación el venerable Padre, parece no escucharlo, y entonces el mismo Antonio, con voz armoniosa, que resuena más dulce en virtud de las circunstancias que lo rodean, canta desde la cruz: *Alabad, oh niños, al Señor*.— *Alabad el nombre del Señor, laudate nomen Domini*, continúa el niño Ludovico, crucificado á su lado; y allá, á lo lejos, desde el centro del ala derecha, contesta con melodioso canto el jovencito Tomás: bendito sea el nombre del Señor, desde este instante hasta el fin de los siglos: *sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in sæculum*. Así continúan el precioso salmo de David, cantando sus versos alternativamente en sublime concierto de celeste armonía, hasta que las lanzas de los sayones cortan la voz en la garganta de estos ángeles de la tierra.

Ya sólo queda el Embajador de Filipinas, el segundo Apóstol del Japón, el Comisario San Pedro Bautista, que ha muerto veinticinco veces, al ver morir á cada uno de sus hijos y compañeros. ¡Felipe de Jesús, primer mártir y distribuidor de coronas! ¿Qué tardas en colocar sobre las sienes de tu heroico jefe la guirnalda que le corresponde? Ya llegan los sayones, ya brillan las lanzas, ya penetran por el pecho, ya salen por la espalda. ¿Qué tardas, oh Felipe de Jesús? Corónalo, corónalo... y reserva una palma para alguno de los siervos que hoy te invocamos.

## III

El célebre dicho de Tertuliano: *martyrum sanguis, semen christianorum*, ha llegado á ser un axioma, que casi parece herejía poner en duda. Permitidme, no obstante, que os pregunte: ¿también la sangre de los veintiséis mártires japoneses fué simiente fecunda de cristianos, que germinara y produjera ciento y mil por uno como la derramada en el anfiteatro Flavio ó en derredor de las catacumbas? No quiero negarlo, pero tampoco me atrevo á afirmar que en el Japón al menos tuviera su acostumbrado verificativo. Voy á exponeros brevemente los hechos, y vosotros resolveréis.

Á la persecución parcial, y si así puedo llamarla, *vergonzante*, sucedió la persecución universal y descarada. Se proscribió, no sólo la predicación del Evangelio, sino la profesión misma del cristianismo; y se extendió la prohibición á japoneses y á extranjeros igualmente, llegando el furor á tal grado, que se impidió la entrada á todo cristiano y la salida á todo japonés, no fuera á contaminarse lejos de su patria. Se estableció la inquisición más odiosa, se inventaron tormentos que habían escapado aun á la fecunda imaginación de los perseguidores Romanos, y se prosiguió la obra de exterminio día tras día y año tras año, sin esas pausas ó descansos que tuvo en la antigua

Roma, sino con un furor siempre igual, y que parecía crecer con el número de víctimas.

Los doscientos mil cristianos, aumentados al último á trescientos mil, si hemos de creer á algunos autores, fueron quemados ó enterrados vivos por centenares, precipitados de las rocas ó anegados en el mar por millares y miriadas, descuartizados, desollados, hechos pedazos. Cansados de sufrir, treinta mil se levantaron en armas, y se defendieron vigorosamente; pero ayudados por los protestantes holandeses, los vencieron los ejércitos imperiales, y pasaron á todos á cuchillo. Aún se contempla el fúnebre monumento que encierra sus sesenta mil orejas, y las de otros muchos cristianos. Aún se ve á la entrada del puerto de Nangasaki la roca tristemente célebre de donde tantos millares fueron arrojados al mar. Llegó el año de 1624, y de aquellas florecientes cristiandades fundadas por Francisco Javier y restauradas por Pedro Bautista; nada, nada quedaba. Sólo se veía sobre indeleble lámina el fatídico decreto que hasta hace treinta años estuvo en vigor y que todavía puede verse, aunque por fortuna en el museo de antigüedades. Oid sus terribles palabras: "Mientras el sol alumbre la tierra, ningún cristiano se atreva á hollar el suelo del Japón. Y sepan todos que si alguno violare este decreto, pagará tal temeridad con su cabeza, aunque sea el Rey de España en persona, ó el mismo Dios de los cristianos."

Nada, nada quedó de aquellas florecientes cristiandades. Unos cuantos fieles que ni se entregaron á la muerte ni cedieron á las tentaciones de apostasía, se conservaron en la aldea de Urakami y en las islas de Goto, tan ocultos y sujetos á una *disciplina arcani* tan perfecta,

que nadie los pudo descubrir hasta que ellos, después de casi tres siglos, fueron á buscar á los recién llegados misioneros, al cesar la persecución. Un puñado de Holandeses protestantes conservó también sus establecimientos comerciales, pero relegados en la isla de Dés-hima, á la entrada de Nangasaki, y teniendo sus poco escrupulosos moradores que pisotear la Cruz y otras imágenes en señal de abjuración del Cristianismo. ¡Oh! causa indignación semejante conducta. Aun se miran en el Museo de Tokio esas láminas de ignominia, con las huellas bien claras de las maldecidas plantas que las pisaron.

Con la libertad concedida hace pocos años, la llegada de no pocos extranjeros, el establecimiento de la Jerarquía Católica, el descubrimiento de las cristiandades ocultas, y los trabajos de los misioneros, la Religión ha renacido en el Imperio Japonés. Pero ¡ay! apenas llegan nuestros hermanos á 50,000, perdidos entre cuarenta millones de paganos, y con las barreras que opone á las conversiones una falsa civilización basada en la impiedad y en el libre pensamiento, ¿Podemos afirmar con estos datos que la sangre de los veintiséis mártires ha sido semilla de cristianos?

Pero si no lo ha sido en el Japón, sí lo fué en el suelo natal de Felipe de Jesús, segunda patria de Pedro Bautista, de Martín de Aguirre y de Francisco Blanco. Aquí sí fué simiente fecundísima de incontables cristianos, que no han cesado de multiplicarse hasta nuestros días. No han faltado, por cierto, tempestades; pero las ricas mieses han resistido á los más recios huracanes, y ni hielos ni ardores solares han podido agostar las gruesas espigas.

Prueba de ello este templo suntuoso, elevado en honor del más insigne mexicano que haya visto la luz; del único compatriota nuestro ante quien doblan la rodilla Pontífices y reyes, sabios y próceres. No, no se ha apagado la Fe en un país donde se llevan á cabo obras tan colosales y en las circunstancias que han señalado la presente. La mano destructora de la Revolución profanó el más antiguo monumento del Catolicismo en nuestra patria, y en la Iglesia que erigieran en otro tiempo los hijos de Francisco de Asís, y fuera cuna de la civilización mexicana, se escucharon en vez de la salmodia religiosa, los ingratos cánticos de la herejía.

Como expiación por esta y otras muchas profanaciones, como desafío á los usurpadores de nuestras glorias religiosas, como desagravio á los despojados hijos de Francisco, se empezó á erigir el templo que hoy inauguramos. ¿Fué gracia de Felipe de Jesús? Aun no se terminaba, cuando el profanado santuario fué restituido al culto católico, y en vez de vibrar en uno y otro notas discordantes, resonarán en ambas Iglesias hermanas los mismos himnos y las mismas plegarias.

Honor al que inició una obra tan grandiosa como patriótica, y la ha llevado á cabo en medio de tantas dificultades y de tantas contradicciones. Gózate, al ver consumada tu empresa, mi buen hermano, y retírate á disfrutar del descanso que tanto has menester. La gloria humana no se ha hecho para tí. Otras coronas te reserva el cielo que no se parecen á las de laurel corruptible que tejen los pobres mortales. Felipe de Jesús te tiene reservada una muy reluciente, y sólo aguarda que tengas la mano para alcanzarla. Se la dió el Señor hoy ha-

ce tres siglos al volar al cielo desde la colina de Nangasaki.

¡Glorioso protomártir del Japón y de México! Lanza una mirada protectora al suelo en que naciste, y ayúdanos en la obra de expiación que en tu honor emprendemos. La causa de casi todas las persecuciones, la ocasión de los crímenes por los cuales nos proponemos desagraviar al Dios tres veces Santo, ha sido la desunión entre los mismos cristianos, la ambición y la codicia de los que debieran ser el desinterés mismo, el espíritu de predominio sobre nuestros hermanos. Haz que la Jerarquía Mexicana forme siempre un solo corazón y una sola alma, que las familias religiosas trabajen unidas en la Viña del Señor, que todos los cristianos de la tierra que te vió nacer se amen los unos á los otros y que la sangre que derramaste hace trescientos años, caiga sobre tus compatriotas como suave rocío de gracias escogidas que nos merezcan el cielo donde nos aguardas.

Así SEA.



## PANEGÍRICO

DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, PREDICADO EN LA IGLESIA

DE SANTO DOMINGO DE MÉXICO EL 4 DE AGOSTO

DE 1896.